

los diáconos se prefieran con orgullo á los que consagran con sus palabras la Sangre de Jesucristo? Todos la recibimos igualmente, pero de un modo desigual por la diversidad de nuestros méritos; los que la reciben indignamente se hacen reos del Cuerpo y Sangre del Señor; profanamos y ensuciamos el divino pan, que es su cuerpo, cuando nos acercamos indignamente al sagrado altar, y estando impuros bebemos su sangre, que toda es pura y no obstante decimos: ¿En qué hemos despreciado la mesa del Señor? No porque haya quien se atreva á decirlo, ni á proferir con delinciente voz la impiedad que tiene en su corazón; las malas obras de los pecadores son las que verdaderamente deshonran la mesa de Dios... El cáliz en el que se contiene la Sangre de Cristo es aquél del cual habla el profeta: «¡Qué excelente es vuestro cáliz que embriaga con delicias!» Si el vino, pues, que dió á sus discípulos, y el pan que bajó del cielo, es el Cuerpo y Sangre del Nuevo Testamento, que ha sido derramada por muchos en la remisión de sus pecados, dejemos las figuras judáicas, y subamos con el Señor al gran cenáculo preparado para embriagarnos con el vino de sobriedad celebrando con él la Pascua».

He aquí el firme sentir de S. Paulino, obispo de Nola (1): «La carne de Jesucristo con que yo me sustento, es la misma carne que estuvo clavada en la Cruz; y la Sangre que yo bebo, y con ella la vida para purificar mi corazón, es la sangre que fué derramada en la Cruz».

S. Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla, y columna solidísima de la Iglesia; sobre aquellas palabras del Salvador: Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre, dice: que los apóstoles no se turbaron al oírlas, porque ya habían oído decir al mismo Jesús, otras muchas cosas referentes al Misterio Eucarístico, en distintas ocasiones. Y prosigue: «Lo que hizo también que no se turbasen los Apóstoles fué, que el mismo Jesucristo bebió de su cáliz y de su sangre, para que, oyéndole decir estas cosas, no se dijese á sí mismos,

(1) Epist. 33.

¿y qué, bebemos sangre, y comemos carne? Porque cuando al principio habló de estos misterios, se escandalizaron muchos de sus palabras; pues para que no se turbasen, el mismo Jesucristo participó de estos misterios, y el mismo Señor bebió su sangre, inclinándolos de este modo á que participasen de ella sin perturbarse. Creemos, pues, á Dios en todas las cosas y no le contradecemos, aunque lo que nos dice parezca contrario á nuestra razón é inteligencia; y es razón que su palabra haga en nosotros más impresión que nuestros discursos: la palabra de Dios no nos puede engañar, y nuestros sentidos fácilmente se engañan. Supuesto, pues, que esta palabra nos asegura que es su cuerpo, quedemos persuadidos; creámosle, y veámosle con los ojos del espíritu: porque Jesucristo nos ha dado una cosa que se ve; pero bajo los signos sensibles nos ha dado lo que los sentidos no perciben. ¡Cuántos hay que dicen: yo quisiera ver á Nuestro Señor Jesucristo revestido de aquel mismo cuerpo con que vivió sobre la tierra! Yo me alegraría de ver su rostro, toda la figura de su cuerpo, sus vestidos y hasta su calzado. Pues yo os digo que estáis viendo al mismo Señor, y aquí le tenéis; y no solamente os permite verle, sino tocarle, comerle y recibirle dentro de vosotros. Velad, pues, continuamente sobre vuestras acciones, sabiendo que los que reciben indignamente su cuerpo, están amenazados de un grande castigo. No se contentó Jesucristo con hacerse hombre y ser crucificado por nosotros, sino que se mezcla con nosotros, nos hace propio su cuerpo; no solamente por la fe, sino efectiva y realmente. ¿Quién, pues, deberá estar más puro que el que participa de tal sacrificio? ¿Qué rayo del sol no deberá ceder en resplandor á la mano que corta esta carne, á la boca que está llena de este fuego espiritual, á la lengua que está teñida con esta tremenda sangre? Representaos, pues, la honra que recibís y á qué mesa estáis sentados. Aquel Señor á quien los ángeles miran con temblor; ó por mejor decir: á quien no se atreven á mirar, por causa del resplandor y brillo de la Magestad que los deslumbra: éste es el que nos sirve de alimento, se une con nosotros, y

hacemos con él una misma carne y un mismo cuerpo. ¿Quién podrá hablar dignamente de la Omnipotencia del Señor ó publicar las alabanzas que le son debidas? ¿Qué pastor ha dado jamás su sangre para que se apacienten sus ovejas? ¡qué digo pastor! ¿no estamos viendo que muchas madres, después de haber dado á luz sus hijos, los entregan á otras mujeres para que los críen? Pero Jesucristo no lo ha hecho así con nosotros; nos alimenta con su propia sangre y de todos modos nos incorpora consigo mismo: no es el poder de los hombres el que hace todas las cosas: Jesucristo que en otro tiempo obró estas maravillas en la Cena con sus apóstoles, al presente las continúa. Aquí ocupamos el lugar de sus ministros; pero es Él el que santifica estas ofrendas, y el que las convierte en su cuerpo y sangre» (1).

El águila de los doctores, S. Agustín (2), al hablar del uso de la Santa Eucaristía, se expresa de esta manera: Alguno dirá que no se debe recibir la Comunión todos los días, y si le preguntáis la razón, responderá: «Que el cristiano antes de comulgar debe elegir algunos días para vivir con mayor pureza, y en más perfecta continencia, para hacerse digno de acercarse á tan grande Sacramento; porque el que le come indignamente, come y bebe su propia condenación. Otro por el contrario defenderá que se deberá recibir todos los días, y dirá, que si la llaga del pecado es tan grande, y la violencia de la enfermedad tan excesiva, que sea necesario dilatar el remedio, cada uno deberá retirarse del altar por autoridad de su Obispo, y hacer penitencia; y después se reconciliará con Dios por la autoridad del mismo Obispo; porque recibir la Eucaristía en el tiempo en que se debe hacer penitencia, es recibirla indignamente: que ninguno debe por sí mismo y por su elección separarse de la comunión, ni acercarse á recibirla; pero si los pecados no son tales que parezcan dignos de excomunión, nada les podrá impedir que lleguen todos los días á recibir el Cuerpo del Señor como una saludable medicina. El mejor modo,

(1) Hom. 82 in Math.

(2) Epist. 54 ad Joan. cap. 3, n.º 4.

pues, de ajustar estas diferencias, es de advertir que ante todas cosas, se conserve la paz de Jesucristo, y que cada uno siga en esto los movimientos de su fe y devoción. Porque ni lo uno ni lo otro deshonra al Cuerpo de Dios; pues cada uno se esfuerza como á porfía para honrar este Sacramento tan útil para la salud de los hombres. Y á la verdad; no disputaron entre sí Zaqueo y el Centurión del Evangelio, ni el uno se tuvo en más que el otro cuando el primero recibió *al Señor con alegría en su casa*; y el segundo le dijo: *Señor, yo no soy digno de que entréis en mi casa*. Uno y otro honraron al Salvador, aunque de modo tan diferente que parece contrario. Los dos eran miserables por sus pecados, y ambos recibieron misericordia. Así, pues, como el primero de estos hombres no se atreve á acercarse todos los días á la Comunión, así también el segundo no se determina por el mismo respeto, á abstenerse por un solo día. De este modo el desprecio solamente es el que injuria á este alimento celestial, así como el disgusto y fastidio hizo agravio al maná». ¿Qué más podremos decir de la creencia de este santo acerca del augusto misterio? En muchas partes de sus obras confirma la presencia real y substancial de Jesucristo en la Eucaristía; por lo cual dice: «Recibimos (1) al Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, que nos da su cuerpo á comer y su sangre á beber... (2) En todo el universo reciben los fieles en la Eucaristía el precio mismo de nuestro rescate, y para manifestar su realidad y verdad, responden al recibirle *Amén*».

No otra cosa enseña S. Eusebio Emiseno. «Cuando llegues al altar para recibir la sagrada comida, el Cuerpo y Sangre de tu Dios, atiende con la fe, toma con la mano del corazón y recíbelo con gozo interior» (3).

Juan Nepote Silvano, (4) natural y obispo de Jerusalén, en 386, completa la esforzada falange de escritores sagra-

(1) Lib. cont. Adv. Leg. et Proph. n.º 33.

(2) In Ps. 125, n.º 9.

(3) Hom. 5. de Pascha.

(4) Hom. 4.

dos del siglo IV. «Cuando recibes, se refiere al cristiano fiel, aquella Santa comida y alimento incorruptible; cuando gozas del pan y bebida de la vida, comes y bebes el Cuerpo y la Sangre del Señor; entonces el Señor entra en tu corazón. Mas tú, humillándote profundamente, procura imitar al Centurión y dile: Señor, yo no soy digno de que vos moréis en mi casa, porque donde es recibido indignamente, entra para juicio del que le recibe». Increpando luego á los que con pretexto de negocios se abstienen de llegarse á la Iglesia y de recibir la sacrosanta Eucaristía, les dice: (1) «No tenéis excusa alguna para afirmar que no podéis salvaros en medio de los negocios mundanos... He aquí lo que yo diría á los que no asisten á la Santa Comunión, y por consiguiente á la congregación de los fieles, cuyo tiempo emplean en reuniones mundanas y en todo ajenas al ministerio espiritual. ¿Qué haces, oh hombre? ¿no prometiste al sacerdote que dijo: «Levantad á lo alto la mente y el corazón» y tú respondiste: Tenemos al Señor? ¿No te avergüenzas? En la hora misma de tu promesa, ¿no temes que te hallen en mentira? ¡Cómo! La mesa de los divinos misterios se halla aderezada y el Cordero de Dios está inmolado por tí, el sacerdote padece por tu ausencia; la sangre espiritual rebosa en la sagrada mesa. Los serafines se hallan presentes cubriendo sus rostros con sus seis alas; las incorpóreas virtudes juntamente con el sacerdote interceden por tí; el fuego espiritual ha bajado del cielo, la sangre divina procedente del immaculado costado se contiene en el cáliz para borrar tus pecados, y no te avergüenzas, no te cubres de oprobio, no te confundes y ni quieres hacerte á Dios propicio...?» ¡Oh! ¡qué bellas y edificantes expresiones de un prelado oriental del siglo IV!

En el quinto siglo confirmaron la fe de nuestro augusto Misterio, S. Cirilo, Patriarca de Alejandría; quien, en la carta sinodal que contiene la profesión de fe, y por su orden el símbolo de Nicea, responde á uno de los principales ar-

(1) De Eucharist. in Encæniis circa init.

gumentos del heresiarca Nestorio; dice así: (1) «Nosotros anunciamos la muerte de Jesucristo y confesamos su Resurrección y Ascensión cuando celebramos en las Iglesias el Sacrificio incruento. De este modo nos acercamos á las Eulogias místicas, y somos santificados, participando de la carne sagrada y sangre preciosa de nuestro Salvador Jesucristo, y no la recibimos (ni Dios lo permita) como una carne común, ni como la de un hombre santificado, ó junto con el Verbo por unión de dignidad, ó en quien la Divinidad habitó, sino como una carne verdaderamente vivifica y propia del Verbo; porque Éste que por su naturaleza es vida, como que es Dios, haciéndose una misma Persona con la carne, la hizo vivifica: de otro modo, ¿cómo era posible que la carne de un hombre fuese por su naturaleza vivificante? Celebramos en las Iglesias el Sacrificio Santo y vivífico; mas no de un modo cruento, no creyendo que el cuerpo y sangre preciosa que se nos proponen sean el cuerpo y sangre de un hombre común, sino que las recibimos como que son el propio Cuerpo y Sangre del Verbo; porque la sangre de un hombre común es incapaz de vivificar». «Digan los Nestorianos, añade en otro lugar, (2) de quién es aquel cuerpo con que se alimentan las ovejas de la Iglesia, y cuál es la bebida con que sus hijos satisfacen su sed; si es el Cuerpo de Dios el que se les da, luego Jesucristo está allí como verdadero Dios, y no como hombre solamente, ó como ángel, ó como alguno de aquellos espíritus incorpóreos que son Ministros del Omnipotente. Si es la Sangre de Dios y la bebida de Dios, sin duda es el Hijo de Dios una de las personas de la adorable Trinidad, que no solamente es Dios, sino el Verbo de Dios hecho hombre. Si el Cuerpo de Jesucristo es nuestro alimento y su sangre nuestra bebida, y Jesucristo, como dicen estos herejes, solamente es hombre ¿por qué decimos á los que se acercan á la sagrada Mesa, que este cuerpo y esta sangre les dará la vida eterna? ¿cómo es distribuído aquí y en todas partes sin disminuirse? Un

(1) In declar. 11. Anath.

(2) Hom. in mist. Ccen.

simple cuerpo no puede comunicar la vida al que participa de él. Recibamos, pues, el cuerpo de vida que habitó en nuestra carne por nuestro amor, según lo que dice S. Juan, que la Vida se nos manifestó, y que habitó en nosotros. Esta vida es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, una de las personas de la Santísima Trinidad. Bebamos su sangre para remisión de nuestras culpas y para participar de la inmortalidad que Él posee. Creamos al mismo tiempo que Él es el Sacerdote y la Hostia; que Él es el que ofrece y el que es ofrecido; el que recibe el Sacrificio y el que se distribuye á los fieles. Nos asegura, que el que le coma, tendrá la vida: nosotros verdaderamente le comemos, bien que sin destruir su divinidad. Dios nos guarde de impiedad semejante: comemos solamente la carne propia del Verbo, que se ha hecho vivífica, por ser carne de Aquél que vive por su Padre. Así como el cuerpo que el Verbo se apropia es vivífico, los que participamos de su santa sangre y carne, quedamos enteramente vivificados, porque permanece en nosotros el Verbo; no solamente por un modo divino, ó por el Espíritu Santo, sí que también por un modo humano en algún sentido; esto es, porque verdaderamente recibimos esta carne y sangre preciosísima».

«En las sombras y figuras de la antigua Pascua, prosigue S. Gaudencio, obispo de Bresse, (1) no se mataba un solo cordero, sino muchos, á saber: uno en cada casa; porque uno solo, no hubiera sido suficiente para las necesidades de todo el pueblo, y además porque este misterio no era otra cosa que la figura y no la realidad de la Pasión del Señor; porque la figura de una cosa no es la realidad, sino solamente la representación de la imagen. Luego, ahora, que en la verdad de la ley nueva, un solo cordero es muerto por todos, es cierto, que siendo también inmolado en todas las casas, es decir: en todos los altares de las Iglesias, alimenta á los que le inmolan, bajo los misterios de pan y vino... Ésta es la verdadera carne y sangre del Cordero: porque

(1) Tract. 2. sup. natur. sacram.

éste es el mismo pan vivo que descendió del cielo, el cual ha dicho: El pan que yo daré es mi propia carne. Su sangre está muy bien representada bajo las especies del vino, pues que en diciendo en el Evangelio: Yo soy la verdadera vida, atestigua bastantemente que el vino que se ofrece en la Iglesia, en figura y memoria de su pasión, es su propia sangre... No es extraño, pues, que este mismo Señor y soberano creador de todas las cosas, que ha formado el pan de la tierra, haya formado de nuevo, de este mismo pan, su propio cuerpo, porque Él puede hacer lo que ha prometido; y el mismo que en otra ocasión cambió el agua en vino; cambia ahora el vino en su propia sangre... La Escritura, prosigue este santo, dice de este misterio: «Ésta es la Pascua del Señor». ¡Oh sublimidad de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios! Ésta es la Pascua del Señor, dice la Escritura; es decir: el paso del Señor, á fin de que nosotros, no tomemos por cosa terrestre, lo que se nos ha dado del todo celeste, por la operación de Aquél que ha querido pasar Él mismo, en el pan y el vino, haciendo que se convirtiese en su cuerpo y sangre».

De S. Próspero de Aquitania podemos consignar lo que dijimos de S. Agustín; porque aquél no hace más que defender la doctrina de su gran maestro.

Veamos lo que expone Teodoreto, obispo de Ciro: (1) «No solamente los presbíteros, dice, participan de la mística Mesa del Señor, sino que todos los que han recibido el bautismo tienen el mismo derecho». Dice además que, «así como Judas hizo traición á Jesucristo y los judíos le insultaron, así le cargan de ignominia y de oprobio los que con impuras manos reciben el Santísimo Cuerpo y le introducen en sus abominables bocas».

«El sacrificio, dice S. León el Grande, Pontífice romano, (2) es puro; y sus cualidades son santas cuando no hay sentimientos contrarios á la sana doctrina. Supuesto que dijo el Hijo del Hombre: «Si no coméis mi carne y mi sangre no ten-

(1) Quæst. 5 in lib. I Reg.

(2) Épist. 16. Serm. 84 y 66.

dréis vida en vosotros». Debéis acercaros á la sagrada Mesa con tal disposición que no tengáis duda alguna sobre la realidad del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Se toma con la boca lo que se cree con la fe; en vano responden, Amén, los que disputan contra la verdad de lo que reciben. El efecto de la participación del cuerpo de Jesucristo es transformarnos en lo que recibimos».

Para concluir añado la autoridad de S. Pedro Crisólogo, quien apellida á este Sacramento: «Comida de la vida eterna».

Confirmémonos en el augusto Misterio de la Eucaristía ya que motivos de gran peso tenemos para el efecto. Meditemos detenidamente la doctrina de los santos Padres que hemos apuntado y veremos como es absolutamente la misma que cree y confiesa hoy la santa Iglesia Católico-Romana. Por eso me extraña muchísimo que los protestantes y demás osados herejes, que niegan la real presencia de Jesús Sacramentado, tengan la impudencia de sustentar que la Iglesia ha inventado este dogma, observando contra sí mismos á los fortísimos campeones de los santos Padres, que, desde S. Pedro hasta S. León, Papas, como hemos visto, y desde este último hasta S. Bernardo, según estudiaremos, todos unánimes, confiesan que Jesucristo está real y substancialmente presente en la Eucaristía.



CAPÍTULO XXXVII

Se exponen los testimonios de los Santos Padres del VI al XII siglo de la Iglesia.

Semejantes los santos Padres á eslabones fuertemente unidos que, prendiendo por un extremo á la Iglesia en los siglos medios, queda sujeta por el otro, con Jesucristo, no podían menos de transmitirnos por este medio la corriente eléctrica de la fe, desarrollada por el Fundador divino. ¿Qué concepto formaríamos de una sociedad que hubiera seguido, por el espacio de veinte siglos, sin interrupción, el mismo modo de obrar y de juzgar en todos sus negocios? ¿qué lugar ocuparía entre nosotros dicha sociedad si viésemos que en tantos centenares de años, no declinó ni á la derecha ni á la izquierda, sino que anduvo por el camino que le trazara su primer preceptor? No otro lugar que el que ocupa la Iglesia en la mente del católico. Furiosas olas de impiedad la combatieron; groseras calumnias se alzaron contra su pureza, mas si aquéllas reventaron al chocar contra sus inmovibles cimientos, dejando la espuma de su rabioso coraje, éstas se desvanecieron imperceptiblemente en el eterno silencio de los tiempos. Por más insolentes ultrajes, por más terribles persecuciones, por más incesantes combates, jamás la hicieron sucumbir. Ni las pertinaces herejías, ni los escandalosos cismas, ni las apostasías